



No tenemos derecho de designar precisamente el lugar en donde el noble y glorioso palacio de Boistrudan hace retratar los grandes árboles de su jardín en las aguas del Sena. Lo mas que podemos decir, es que era uno de esos pequeños palacios, desde donde á través de las aguas del rio, se miran los jardines y el espléndido paisaje de los Campos Eliseos, los soberbios bosques de las Tullerías y el régio castillo cuyos dos perfiles, perdiéndose en escuadras, á lo lejos van á reunirse de un lado con las maravillas ilustres del Louvre y del otro con las galas vulgares de la calle de Rívoli.

Entre todas las cosas grandes, entre todas las cosas bellas, Paris es lo mas grande y lo mas bello.

La noche de que hablamos, el malecon de Orsay, hundido en la mas profunda soledad, prolongaba á derecha é izquierda su vía trazada á cordel y cubierta toda de blanquísima nevada. La nieve hacia resaltar de un modo muy marcado las líneas griegas del palacio Boistrudan, edificado en tiempo de Luis XIV. Cada cornisa parecia trazada en el claroscuro por una línea atrevida

y profunda. Las ramas de los árboles, blancas por encima y negras por debajo, dejaban ver como á través de un encaje de anchas mallas, las ventanas, débilmente iluminadas, de la fachada.

En medio del sombrío silencio, interrumpido tan solo por el ronco gemido del rio cuyo curso paralizaban los témpanos flotantes de hielo, apenas se percibia por fuera la alegre música de las cuadrillas.

Tristes noches para la pobreza solitaria y desnuda! Hermosas, á la luz de los candelas, con la atmósfera tibia y embalsamada de los salones!

Habia un hombre euvuelto en una manta gris, acurrucado en el quicio de esa puerta inútil que todos los palacios con jardines tienen sobre el malecon. La puerta por donde se entra y se sale, la puerta cochera delante de la cual permanecen estacionados los coches, se abre hácia la calle de Lille.

El hombre dormia: su cabeza se apoyaba sobre sus dos manos. La manta, arreglada en forma de capuchon, ocultaba enteramente su rostro. Al tenue resplandor que reflecta la nieve, se hubiera podido distinguir

sin embargo, un rostro bronceado, de facciones fuertemente pronunciadas y hundidas, sobre las cuales pendía un largo mechón de cabellos trenzados.

La señora marquesa de Boistrudan gozaba de una buena fortuna patrimonial. Tenía una hija única, que pasaba por ser una de las más distinguidas entre las más ricas herederas del arrabal de Saint-Germain. Elena de Boistrudan tenía veinte años, y era bella como los ángeles. Su matrimonio con el vizconde Enrique de Villiers era cosa decidida hacia ya más de un mes.

Existían algunos lazos de parentesco lejano entre la señora marquesa y el vizconde. El difunto señor marqués de Boistrudan, antiguo secretario de Estado en tiempo de Carlos X, había sido subrogado tutor de Enrique. Las familias se estimaban y se convenían mutuamente: en cuanto á la fortuna, Enrique había sido un despilfarrado cuando su entrada en el mundo: hasta había llegado á decirse que estaba arruinado; pero, de vuelta de sus viajes, había rescatado de un solo golpe todas sus propiedades.

Había, pues, equilibrio en cuanto á bienes de fortuna.

El vizconde Enrique tenía unos treinta años, y parecía un poco mayor á causa del color de su cutis bastante moreno, y de la fatiga que se advertía sobre su rostro. Era bien parecido y soberanamente elegante. Algunos duelos, bien conducidos, y sobre todo las relaciones que hacía de ciertas particularidades de sus viajes, debían dar una alta idea de su valor: era además, lo que se llama todo un hombre de mundo, y hablaba con una rara facilidad. Desde seis meses que hacía que estaba de vuelta en París, pocos vizcondes podían disputarle el cetro de la moda.

Amaba con pasión á su hermosa prima Elena; y Elena, preguntada respecto á semejante proyecto de matrimonio, había respondido que no tendría la menor repugnancia en ser su mujer.

Dicen que esto basta para semejantes casos. Y por qué lo dicen! Esas son cuestiones áridas. Lo que soy yo, os preguntaré —cosa que no os atrojará menos— en qué vengero inagotable los ciento cincuenta mil

vizcondes que huellan el piso de Paris, han conquistado sus pergaminos respetables?

Por lo demas, nuestro caso es escepcional. Nuestro vizconde de Villiers tenia su escudo en la sala de las Cruzadas, y de veras la linda Elena no estaba bien segura de no adorarlo.

Elena estaba en el salon: Enrique brillaba en el tocador. Elena era la que alentaba y mantenia los últimos esfuerzos del baile: Enrique era el que infundia viveza, animacion y chispa á la conversacion en el retrete de la marquesa. Cada vez que el piano cesaba de hacer oír sus acentos, la voz sonora del vizconde penetraba hasta el salon: las parejas mas próximas á la puerta percibian entonces al vuelo algunas palabras. El interes se despertaba en ellos; bailarines y bailarinas pasaban el quicio con intencion de volver—y se quedaban.

No podriamos hallar ningun elogio mayor para manifestar el poder de la elocuencia de nuestro viajero vizconde.

Llegó un momento en que el salon no contuvo ya mas que las cuatro parejas necesarias para formar una cuadrilla.

Despues de la cuadrilla, una pobre polka hizo lánguidos esfuerzos para vivir: luego se calló el piano.

Elena se sentó pensativa y meditabunda sobre un canapé.

No sé por qué Elena era la única que no fuese atraída por la palabra del vizconde aquella noche.

Elena era rubia, y un poco delgada, á pesar de la perfecta armonía de su talle. Tenia las facciones delicadas; la boca, sobre todo, que ostentaba al reirse, dos hileras de perlas admirables. El azul de sus ojos era tan oscuro, que parecian negros. Era alta; no hacia un momento, en el piano, hubiérais podido admirar sus preciosas manecitas finas y mas blancas que el marfil; jamas pié mas diminuto y seductor que el suyo habia hollado los tapices del noble arabal. Elena merecia bajo todos aspectos su reputacion de belleza. No habia mas que ver su rostro inteligente y dulce para juzgarla mejor, y asegurar que si era linda era tambien un ángel por el corazon.

Pero en qué pensaba, Dios santo! mien

tras que el vizconde la buscaba en vano en el círculo de sus auditores?

Que se necesita para poner pensativos á las jóvenes?

Hacia algunos momentos apenas, mientras que el baile conservaba aún á todos sus fieles, el piano había cambiado respectivamente de acento. En vez de esa melodía ligera y viva, que exigen las figuras de las cuadrillas, un vals, un vals alemán había llenado la atmósfera con sus vibraciones dulces, melancólicas, lánguidas. Había sido aquello como un torrente purísimo de poesía corriendo de improviso en medio de tanta prosa. En aquella música, escrita con el corazón, acentuada vivamente había no se qué drama misterioso y tierno: pesares endulzados por una sonrisa; vagas esperanzas en medio del eco discreto de esas lágrimas que brotan del alma; ese encanto y ese perfume de los lejanos amores....

Elena no había valsado: se había puesto á escuchar con todos sus sentidos: he aquí por qué Elena estaba pensativa.

El ejecutante era un jóven: Elena no lo

conocía. Un antiguo amigo de la casa, el general O'Brien lo había traído de la mano.... Al entrar, el reciénvenido tenía un aire tímido y casi feroz: Elena había notado esta particularidad. El anciano general besó la mano de Elena: los ojos del extranjero, negros y profundos, se habían apartado de aquel espectáculo, mientras que una tinta fugitiva teñía por un instante sus pálidas mejillas.

Hubiérase dicho que la vista de Elena producía en él una emoción dolorosa y dulce al propio tiempo. Elena le oyó que decía en voz muy baja al general:

—Ella es!

El general hizo, con su cabeza encanecida, una señal de discreta afirmación.

El extranjero se había puesto pálido y había tornado á su frialdad.

—Entre mil—pronunció, como hablando consigo mismo—la habría adivinado!

El general percibió á la marquesa y se dirigió hácia ella, llevando siempre al extranjero por la mano. Se lo presentó con el nombre de el señor Jorge Leslie.

La marquesa hizo al señor Jorge Leslie un acogimiento gracioso, pero un poco protector.

Hay nombres que causan sensación, y que se vienen á la memoria con una singular importanidad: sucede con ellos lo que con ciertos cantos, de los cuales la memoria no puede desembarazarse, y que va uno repitiendo aun contra su voluntad. Elena se admiró, mas de una vez en la noche, de hallar sobre sus labios ese nombre de Jorge Leslie.

No le vió mas que en el momento en que el piano, adquiriendo de pronto una alma, comenzó á recitar el vals de Weber. Elena levantó los ojos entónces, y reconoció en el ejecutante al señor Jorge Leslie. Así lo esperaba.

Desde el divan en donde la jóven se habia colocado, podia percibir al propio tiempo á Jorge Leslie y al vizconde Enrique de Villiers, su futuro esposo: á Jorge directamente, á Enrique por medio de un espejo que repetia su imágen. El contraste absoluto que existia entre aquellos dos hombres

saltaba á la vista, de una manera tan viva, que Elena no pudo menos de notarlo.

Enrique era de alta estatura, y cada uno de sus movimientos revelaba la gracia y la facilidad de un hombre de mundo. El tinte bronceado que los viajes habian impreso sobre sus facciones delicadas y regulares, no le quitaba nada de ese cualidad mal definida que se ha convenido en llamar *distincion*, y que consiste, poco mas ó menos, en tener ese aire de los galanes jóvenes de teatro y de los héroes de novela; de tal manera que podria decirse que esa palabra *distincion* es un antífrasis como el epíteto de *buenas diosas* concedido por el miedo á las furias antiguas. La palidez es el primero y mas indispensable elemento de esta distincion tan envidiada: el vizconde Enrique cumplia suficientemente con esta regla; tenia las facciones aguileñas, los ojos vivos, brillantes, y notablemente espresivos; la palabra fácil y animada, la voz grave, el porte altivo; sus cabellos negros, levantados con cierta negligencia, formaban un bellissimo adorno sobre su frente. De cien baronessas de toda edad y todas condiciones, no